

MS 385
1 07/11/22

Miércoles 1º de Noviembre de 1922

ME RECTIFICO

Ante la opinión semi oficial de "El Mercurio", debo rectificarme.

El Presidente no se disfrazó para el último baile del Club Hípico. El respetable dogo, que embozado en un negro dominó, obedecía al nombre de Arturo, no era el primer mandatario.

Este permaneció esa noche en la Moneda.

Todo lo dicho anteriormente en abono de la simpática y jovial iniciativa, erradamente impuesta a la más alta autoridad de la nación, falla ahora, por su base.

La gravedad tradicional continúa triunfante.

¿Cómo ha sido posible, sin embargo, confundir al representante del Ejecutivo con el vulgar ciudadano que oculto tras la máscara canina, permaneció dos horas sin hablar y hasta gruñó, según se dice, al ver a Tonny? ¿Cómo ha sido posible confundir al León de Tarapacá con un perro cualquiera?

El león está, por cierto, ya un poco decaído. Año y medio de encierro tras las rejas de fierro de Viscaya, han debilitado la fiera robustez de sus músculos. A fuerza de restregar en vano la cabeza contra el muro, su melena a perdido a trechos su innato y azafrañado pelaje. Manos aristocráticas de uñas largas y brillantes, manos de burgueses, hábiles y expertas en manejos comerciales, posándose cada día en su lomo altivo y fuerte, le han hecho susceptible a la caricia y el halago.

Ya no ruga como antes. Si alguna vez ha pretendido morder a un diputado o perseguir a un estudiante que lo molestaba demasiado, luego ha vuelto a su forzado y monótono retiro. Acaso con los ojos entornados, sueña, a veces, con penetrar de un salto en el Senado, caer sobre el Presidente y convertir la augusta sala en una orgía de zarpazos y de sangre; pero al volver de la roja y alucinante pesadilla, ve sólo las gruesas rejas y a través de ellas la fría y grave estatua de Portales, con la Constitución hecha un rollo, en la diestra. Se mira, entonces, las zarpas y ve que no son armas de combate. El último de sus amigos tiene mejores garras que las suyas, y sus ojos vivaces, de felino, tienen ahora una expresión leal, tranquila, resignada, doméstica.

Al mirarlo así, en reposo tras el muro que separa la Moneda de la Tesorería diríase que es un viejo terranova que cansado de la guarda de un granero, no se preocupa ya de los ratones y los mira casi, casi como un mal necesario...

Yo no me perdono, tampoco, semejante torpeza, y ¡palabra de honor! en mi vida me he rectificado con más gusto que ahora.

P.